

Atanasio había residido al principio en Naissus, población de la Dacia; en la Pascua de 345 se dirigió á Aquileya, donde le había llamado Constancio. Después de haber visitado nuevamente á este Príncipe en las Galias, partió para Roma, y fué á saludar al papa Julio, el cual le entregó una magnífica carta de felicitación para los alejandrinos. Después se volvió á encontrar en Antioquía con Constancio, el cual sin ponerle en presencia de sus acusadores, según lo deseaba Atanasio, le dió cartas para las autoridades de Egipto, á fin de que pudiese volver sano y salvo, y acalló las acusaciones que se dirigían contra él. En Antioquía Atanasio tuvo que celebrar los divinos oficios en una casa particular con los eustasianos, porque los arrianos ocupaban todas las iglesias. Cuando el Emperador le expresó el deseo de que cediese una iglesia por lo ménos á los arrianos en Alejandría, Atanasio se declaró pronto á hacerlo si los arrianos se obligaban á la misma concesión para los católicos en Antioquía. Los arrianos se negaron á ello. El grande Obispo, prosiguiendo su camino, visitó á Jerusalem. El Concilio de esta ciudad, reunido á la sazón bajo la dirección del obispo Máximo, felicitó á los alejandrinos por la vuelta de su Pastor.

El día 21 de Octubre de 346, después de un destierro de seis años, el glorioso mártir reaparecía en medio de su grey, y era recibido con aclamaciones de alegría. Procuró atraer los ánimos prevenidos contra él, y reunió un Concilio para confirmar y publicar los decretos de Sárdica. Pablo de Constantinopla, Ascleto y Marcelo volvieron á sus sillas. Los dos obispos Ursacio y Valente, creyendo que había empezado una nueva corriente de opiniones, se retractaron de las quejas que habían enviado á Roma contra Atanasio, presentaron al Papa un escrito donde se mostraban arrepentidos de su conducta, y solicitaron volver á la comunión del Obispo, al cual por tan largo tiempo habían combatido. Una feliz reacción parecía verificarse en favor de los católicos.

## ADICION.

La retractación de Ursacio y Valente es como sigue:  
 «In urbe Roma holographa manu Valens prescripsit et Ursacius subscripsit. Domino beatissimo papae Julio Valens et Ursacius S. Quoniam constat nos antehac multa gravia de nomine Athanasii episcopi litteris nostris insinuasse, atque litteris Sanctitatis Tuae conventos, ejus rei, de qua significavimus, non praestitisse rationem: profitemur ante Sanctitatem Tuam, cunctis praesentibus presbyteris fratribus nostris, omnia quae antehac ad aures nostras pervenerunt de nomine praedicti, falsa novis esse insinuat, atque omnibus viribus carere; atque ideo nos libentissime amplecti communionem praedicti Athanasii: maxime cum Sanctitas Tua, pro insita sibi benevolentia, errori nostro veniam fuerit dare dignata. Profitemur etiam quod si aliquando nos Orientales voluerint, vel idem Athana-

sus, malo animo ad causam vocare, citra conscientiam tuam non adfuturos. Haereticum vero Arium, sed et satellites ejus, qui dicunt: Erat tempus quando non erat Filius; et qui dicunt ex nihilo Filium, et qui negant Dei Filium ante saecula fuisse; sicut per priorem libellum nostrum, quem apud Mediolanum porreximus, et nunc, et semper anathematizasse, hac manu nostra, qua scriptimus, profitemur: et iterum dicimus haeresim arianam, ut superius diximus, et ejus auctores in perpetuum damnasse. Et manu Ursacii: Ego Ursacius episcopus huic professioni nostrae subscripsit.» (S. Hilar., in *Fragm.*)

## OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 58.

Athan., Hist. Ar., cap. XVIII-XXV, XXVIII; Apol. contra Ar., cap. I-LIV, LVII-IX; Apol. ad Const., cap. III y sig., 31; Theod., II, 9 y sig.; Socr., II, 22 y sig., 28; Soz., III, 20 y sig.; IV, 1; Lucifer pro Athan., I, 35. Hartzheim, Binterim, Rettberg y Hefelé ponen en duda que Eufrates fuera depuesto en 346 en un concilio de Colonia, así como la autenticidad de las actas del Concilio, y lo sostienen J. Van Heekes, S. J., Acta sanct., 23 oct., y por Friedrich, K.-G. Deutschl., I, p. 271 y sig., 277 y sig., 295-300; Juli Ep. ad Alex., Constant., p. 399; Mansi, II, 1233; Jafé, n. 34, p. 14. Vuelta de Atanasio, Athan., Hist. Ar., cap. XXV; Naz., Or. XXI, n. 15 y sig., p. 394 y sig.; Theod., II, 12. Retracción de Ursacio y de Valente, Athan., Apol. contra Ar., c. LVIII-LX; Hilar., *Fragm.*, t. II, p. 1297; Socr., II, 23; Soz., III, 23 y sig.; Sulpic. Sev., II, 36, p. 90.

## Fórmula de Antioquía.—Primera fórmula de Sirmio.

59. Entretanto los arrianos no permanecían ociosos. Habían redactado en un Concilio de Antioquía de 346 una «difusa fórmula» (*macrostichos*), donde se declararon contra los sabelianos, contra Marcelo de Ancira y su discípulo Fotino, rechazaban diversas proposiciones de Arrio y reconocían que el Hijo es en todo semejante al Padre. Los obispos Eudoxio de Germanicia, Macedonio, Martirio y Demófilo fueron encargados de remitirla al Concilio de Occidente, reunido en Milán el año 345. Este Concilio no la aceptó, sino que se declaró contra Fotino; lo mismo tuvo lugar en 347, en que fueron aprobadas, conforme á la decisión de Roma, las peticiones en otro tiempo rechazadas de Ursacio y Valente. Las esperanzas de los herejes crecieron más todavía cuando el emperador Constante, el celoso protector de la fe católica, fué asesinado por el usurpador Magnencio, que intentó formarse partidarios en Egipto. En cuanto á Atanasio, á quien Constancio daba muestras aún de benevolencia, olvidando las injurias que había recibido, fortalecía al pueblo en su fidelidad al Emperador legítimo. Esto no fué obstáculo para que los arrianos forjasen contra él nuevas acusaciones.

Después de la victoria de Constancio sobre el usurpador Magnencio (Setiembre de 351), Valente de Mursa se captó la voluntad del Empe-

rador, y aconsejado por Leoncio de Antioquia retractó, lo mismo que Ursacio, su declaración, la cual le había sido arrancada, decía, por la hermana de Constante. Ambos se aliaron con Teodoro de Heraclea, Narciso de Neronias, Basilio de Ancira y otros adversarios del concilio de Nicea. El celebrado en Sirmium en 351 renovó la condenación de Fotino, y formó un símbolo concebido en términos muy generales (el cuarto de Antioquia) con veintisiete anatemas. El objeto de este Concilio era dejar á un lado la doctrina de Nicea, especialmente la relativa á la consustancialidad del Hijo, condenar el arrianismo exagerado, declarar expresamente que el Hijo tiene su origen del Padre, y seguir, en fin, una dirección media conforme á los deseos del Emperador, enemigo de los extremos. La mayor parte de los puntos eran ortodoxos; pero la doctrina católica no se contenía allí en toda su integridad, y la fórmula fué resueltamente rechazada por Atanasio.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 59.

«Εὐθείας μακροτόμος, Soer., II, 19, 20; Soz., III, 11; Athan., De syn., cap. XXVI; Hilar., Fragm., V, n. 4, p. 1331.—Concilios de Milán, Hélelé, I, p. 614 y sig.—Carta del Emperador á Atanasio, Athan., Apol. ad Const., cap. XXIII; Hist. Ar., cap. XXIV; Valente y Ursacio, Athan., loc. cit., cap. XXVIII y sig.; Sulp. Sev., II, 38.—Concilio de Sirmio, 351, Athan., De syn., cap. XXVII; Hilar., De syn., p. 1174 y sig.; Hélelé, I, p. 618-623. Segun Petavio, este Concilio fué el primero de Sirmio; segun Zaecaria (Diss. de reb. ad Hist. eccl. pertin., Fulgin., 1871, t. II, diss. viii) y Hélelé, p. 617 y sig., el segundo.

Nueva condenación de Atanasio.—Concilios de Arlés y Milán.

60. Constancio se entregó por completo á los Obispos de la Corte más ó ménos contagiados de arrianismo, y que le reconocían como señor absoluto en asuntos de religion; los católicos, que representaban la independencia, tuvieron con frecuencia necesidad de resistir á sus tiránicos mandatos. Los herejes prosiguieron con un plan mucho más vasto la realización de sus criminales designios; no solamente inventaron nuevas acusaciones contra sus adversarios, sino que forjaron diferentes escritos que hicieron circular bajo el nombre de los católicos.

En Roma, adonde Constancio fué en la primavera de 352, Liberio (22 de Mayo) acababa de suceder al papa Julío (muerto el 12 de Abril). En los cuatro primeros años de su pontificado Liberio se había decantado en favor de Atanasio con tanto calor y firmeza, que evitaba la comunión con los adversarios del concilio de Nicea, hasta el punto de haber devuelto á la Emperatriz misma las limosnas que había en Athana-

para los pobres de Roma, diciéndole que se dirigiera á sus Obispos arrianos; á pesar de esto, se osó imputarle un escrito donde rehusaban la comunión á Atanasio, porque éste no había querido darle cuenta de su conducta, mientras que la otorgaba á los eusebianos, cosas todas muy contrarias á sus sentimientos.

Atanasio intentó inútilmente refutar, por medio de muchos Obispos de Egipto que envió al Emperador, las acusaciones acumuladas contra él. Después del suicidio de Magnencio (Agosto de 353), Constancio, que se hacia llamar entonces «Emperador eterno», y recibía este título de los mismos Obispos de la Corte que lo rehusaban al Hijo de Dios, estaba dispuesto á todo para perder á Atanasio. Acusábase á éste de haber fomentado el odio y la desunión entre Constancio y su difunto hermano, de haber favorecido al usurpador Magnencio y de haberle escrito en términos respetuosos; de haber celebrado el oficio divino en una iglesia no consagrada todavía, de haber excedido en el ejercicio de su poder eclesiástico los límites de su jurisdicción y de no haber acudido á un llamamiento del Emperador.

A ruegos del papa Liberio, que no dió crédito á estas acusaciones, y también por las instancias de Ursacio y Valente, fué convocado un Concilio, no en Aquileya, como lo había propuesto Liberio, sino en Arlés, donde se hallaba á la sazón el Emperador. Los Obispos que se reunieron allí, de tal manera fueron intimidados por las amenazas y violencias del Emperador que, sin exceptuar ni á un á Vicente, legado del Papa y obispo de Cápua, concluyeron por suscribir la condenación de Atanasio. Paulino, obispo de Tréveris, fué el único en resistir, y se vió desterrado á Frigia. Muchos se excusaron diciendo que condenar á un hombre no era repudiar la verdadera fe; pero Lucifer de Cagliari probó que perseguir á Atanasio era perseguir la fe ortodoxa. El papa Liberio, indignado y afligido á la vez, desaprobó la conducta de su legado y escribió sobre ello á todos los Obispos. Encargó á Lucifer y Eusebio de Verceli obtener del Emperador, en union de otros sacerdotes delegados por él, la convocatoria de una nueva Asamblea. La Corte sintió en ello, porque quería asegurar al partido arriano el predominio en Occidente.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 60.

Sulp. Sev., loc. cit., p. 91; Reinkens, Hilar. v. Poit., Schaffh., 1864, p. 86 y sig.—Sobre las cartas falsificadas por los arrianos, Athan., Apol. ad Const., cap. VI, XI, XIX.—Actitud de Liberio en el primer período, Athan., Hist. Ar., cap. XXXV y sig.; Theod., II, 16. Título: αἰώνιος βασιλεύς, Athan., De syn., cap. III. Concilio de Arlés, Athan., Apol. ad Const., cap. XXVII; Sulp. Sev., II, 39; Hélelé, p. 629-631.

## Concilio de Milán.

61. El Concilio se reunió en Milán el año de 345 á presencia del despótico Emperador. Más de trescientos Obispos de Occidente concurrieron á él. El número de los orientales fué corto. Desde las primeras deliberaciones, que tuvieron lugar en una iglesia, Eusebio de Verceli propuso suscribir la definición de Nicea, y Dionisio, obispo de Milán, fué el primero que trató de firmarla; pero Valente le arrancó el papel, exclamando que jamás se llegaría á conciliación alguna por este camino. El rumor del peligro que corría la fe católica produjo en Milán grande agitación; los arrianos, temiendo á la multitud, pasaron de la iglesia al palacio imperial, donde Constancio asistió á las sesiones oculto detrás de una cortina.

Los arrianos querían que todos los Obispos condenasen á Atanasio y entrasen en comunión con ellos. Los Obispos respondieron que esta proposición era contraria á la ley de la Iglesia. «La ley de la Iglesia, dijo el Emperador, es mi voluntad; los Obispos de Siria aprueban mi lenguaje; obedeced, y si no seréis condenados á muerte ó al destierro.» De nada sirvió á los Obispos amenazarle con el juicio de Dios, representarle que confundía las cosas espirituales con las temporales y que no debía introducir la herejía arriana en la Iglesia. Lucifer de Cagliari fué desterrado á Germania en Siria, Eusebio de Verceli á Escitópolis en Palestina, Dionisio de Milán á Capadocia, y reemplazado por Augencio, arriano de este mismo país, el cual no sabía siquiera el latín; Hilario, diácono de Roma, fué azotado y desterrado. Al mismo tiempo la mayor parte de los Obispos, entre otros Fortunaciano de Aquileya y Saturnino de Arlés, jefe del partido arriano en las Galias, suscribieron la condenación de San Atanasio. El Emperador vivió en las ventajas que acababa de obtener una brillante victoria, de la cual le convenía sacar el mejor partido. Una multitud de espías y agentes recorrió el Imperio, y los Obispos fueron llamados á la Corte imperial y reducidos á ceder bajo el peso de las amenazas. Los que se obstinaban eran enviados al destierro. Se prohibió á los funcionarios del Estado comunicar con los partidarios de Atanasio; las rentas del obispado de Alejandria fueron concedidas á los arrianos, y se ordenó al Arzobispo abandonar la ciudad, porque se temía la adhesión que le mostraba todavía el pueblo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 61.

Concilio de Milán, 355, Soer., II, 36; Soz., IV, 9; Athan., Hist. Ar., cap. XXXI-XXXIV, LXXVI; Hilar., lib. I ad Const., p. 1222 y sig.; Sulp. Sev., loc. cit. p. 92

y sig.; Lucifer Calar., De non conveniendo cum haereticis—moriendum esse pro Filio Dei (Bibl. Patr. max., Lugd., IV, 222 y sig.); Hefelé, p. 631-636.

## Destierro de Liberio, Oasio y Atanasio.\*

62. Se trató especialmente de ganar al papa Liberio ó desembarazarse de él. Los arrianos le acusaron de haber hecho ordenaciones irregulares, destruido documentos desfavorables á Atanasio, ido más allá de su derecho y desobedecido al Emperador. Constancio, que conocía muy bien «la autoridad preponderante de la ciudad eterna», y que tenía la persuasión de que habría vencido por completo el día en que triunfase del Papa, envió á Roma al poderoso eunuco Eusebio para que le moviese con regalos ó amenazas á firmar la condenación de Atanasio y recibir en su comunión á los arrianos. Liberio rechazó las ofertas y los presentes. Ofendido el eunuco, se retiró profiriendo amenazas y depositó sus presentes en la iglesia de San Pedro, de donde el Papa los hizo quitar. Eusebio informó al Emperador, y Leoncio, gobernador de Roma, recibió el órden de enviar á Liberio á la Corte, empleando para ello la violencia si era necesario.

## ADICION.

Los mismos autores paganos de esta época, entre otros Amiano Marcelino, atestiguan que la principal causa que excitó á los arrianos á perseguir á Liberio fué la superioridad de la Sede pontificia de la Iglesia. «El emperador Constancio, dice, dió órdenes para conducir á su Corte á Liberio, Pontífice de los cristianos, porque, habiéndole mandado que suscribiese la deposición del obispo Atanasio, él había rehusado siempre hacerlo diciendo que sería la mayor injusticia condenar á un hombre sin oírlo. Pues aunque este Emperador, añade el historiador, hizo deponer á Atanasio en un Concilio, deseaba, sin embargo, con ardor que este juicio fuese confirmado por la autoridad de que disfrutaban los obispos de Roma. Pero no pudo conseguir esto de Liberio...»

Se sabe además que los semiarrianos enviaron de Oriente á Liberio tres de sus Obispos para someterse á la doctrina de la Santa Sede, en la cual reconocían que la fe se ha mantenido siempre invariablemente. Pedían también el restablecimiento de los Obispos que habían sido depuestos por algunos Concilios de Oriente. Habiendo recibido Liberio de ellos una profesión de fe ortodoxa, les otorgó su comunión.

También condenó la herejía que negaba la divinidad del Espíritu Santo, y las antiguas historias dicen que todas las iglesias aceptaron en seguida esta sentencia de la Santa Sede. (Véase Sommier, *Histoire dogmatique du Saint-Siège*, dedicada á Clemente XI, t. II, discurso analítico de la preeminencia y autoridad de la Santa Sede, p. xxxii.)

En Roma, los partidarios de Liberio tuvieron que sufrir toda clase de vejaciones, y hasta hubieron de nombrarse guardias que vigilasen

todos los pasos del Papa. En fin, fué sacado de Roma á media noche no sin grandes dificultades, á causa del ardiente afecto que le manifestaba el pueblo.

Conducido á Milán, á la presencia del Emperador, Liberio le echó en cara su injusticia con la magnanimidad de un Apóstol, declarando que estaba pronto á sufrirlo todo ántes que aliarse con los arriomanitas. Defendió la fe de Nicea y la inocencia de Atanasio, y reivindicó la independencia de la Iglesia, cuyas leyes le importaban más que la permanencia en Roma. El Emperador quiso darle tres días para reflexionar: «Yo no cambiaré, respondió Liberio; enviadme adonde os plazca!»

El Emperador le desterró á Beroe, en Tracia, separado de todo conocimiento, de todo amigo; y tanto él como la Emperatriz le enviaron dinero para atender á sus necesidades; Liberio lo rehusó. Osio de Córdoba, anciano de cerca de cien años, que había visto transcurrir más de sesenta en el episcopado, fué igualmente llamado por el Emperador, el cual le permitió regresar á su país; pero luégo, movido por las nuevas instancias de los arrianos y de una valerosa carta de Osio, le desterró á Sirmio.

Atanasio, á pesar de las promesas que le hizo el general Siriano, de que no sería inquietada su Iglesia ántes de la vuelta de los alejandrinos enviados al Emperador, no disfrutó de mayor seguridad, y el 9 de Febrero de 356 fué sorprendido en la iglesia de Theonas, donde celebraba las vigiliás de una fiesta; una tropa de soldados cercó la casa de Dios, y lanzó flechas contra ella; Atanasio, tranquilamente sentado sobre su silla, no pensaba sino en el peligro de su rebaño; solamente despues que la mayoría del pueblo hubo comprendido la fuga, fué cuando sus amigos lograron sacarlo por la fuerza y sustraerlo á sus verdugos. Permaneció oculto en diferentes lugares, y parte del tiempo en el desierto. La persecucion se cebó furiosamente en los católicos de Egipto.

La silla de Alejandria fué ocupada por el arriano Jorge, que se apoderó de las iglesias por medio de las armas é hizo cometer los más graves atentados. En la Galia, Saturnino de Arlés, celebró en Beziers un Concilio (356) con Ursacio y Valente; San Hilario, obispo de

1. *Constantinus*. Tantane orbis terrarum pars, Liberio, in te residet, ut tu solus homini impio subsidio venire, et pacem orbis ac mundi totius dirimere audeas? — *Liberius*. Esto quod ego solus sim: non tamen propterea causa fidei fit inferior. (Apu'd Theodoret., lib. II *Hist.*, c. XVI.) — *Constantinus*. Unum est quod quaeritur. Volo ut tu ecclesiarum communionem amplectaris, et deinde Romam redeas. Proinde consule pacem, subscribo, ut Romam revertaris. — *Liberius*. Jam fratres qui sunt Romae valere jussi. Nam leges ecclesiasticas observare pluris faciendum censeo, quam habere Romae domicilium. (Idem, *ibid.*)

Poitiers desde 350, defendia vigorosamente la fe católica. Fué acusado ante el César Juliano, y despues ante el Emperador, y desterrado á Frigia.

## ADICION.

San Hilario nació en Poitiers de una familia principal, y fué la gloria de la Iglesia de Francia y el Atanasio de Occidente. Educado en el paganismo, la rectitud de sus miras le hicieron pronto conocer las fábulas del paganismo. «Como buscaba, dice, en qué consiste la felicidad del hombre, juzgué que no podia estar en las dos cosas que los hombres estiman comunmente más, el reposo y la opulencia, porque éstas pueden ser comunes con las bestias.» Refuta luégo algunas otras opiniones sobre la felicidad del hombre; y despues de decir que siempre juzgó imposible fuera el hombre creado por un Dios inmortal precisamente para morir, añade: «Sentí, pues, vivo deseo de conocer á este Dios, á quien debía la existencia, y en la bondad del cual pude, como en puerto seguro, descansar entre las tempestades de la vida. Porque había diversas opiniones sobre la divinidad: unos introduciendo numerosas familias de dioses y admitiendo la diversidad de sexo en la divinidad; otros reconociendo dioses superiores é inferiores... Fácilmente me convencí de que la diversidad de sexo no convenia en manera alguna á una naturaleza omnipotente é incorruptible; que todo lo que es divino es eterno y que no puede haber más que un solo Dios... Lleno de estos pensamientos me dediqué á la lectura de los libros que la religion de los hebreos enseña por tradicion haber sido compuestos por Moises y los profetas, y lei con admiracion estas palabras, tan propias para darnos idea de la incomprendibilidad de Dios: *Yo soy el que soy; el que es me ha enciado á vosotros...*, y este otro pasaje: *tiene el cielo en su mano y en él encierra la tierra*. Hilario añade que la lectura de los Evangelios, sobre todo el principio del de San Juan, acabó de darle conocimiento de Dios y de su Hijo, que abrazó con alegría la doctrina de este misterio y que fué llamado por la fe á un nuevo nacimiento.

Las obras de San Hilario son éstas:

1. El comentario sobre San Mateo; es probablemente su primera obra en el orden del tiempo. San Jerónimo se la atribuye y la menciona con elogio. Es la más antigua que nos queda de autores latinos sobre este Evangelio y acosa la primera. El estilo es conciso y nervioso.
2. El segundo escrito es su primera *Reclamacion al emperador Constantio* para impulsar á reprimir las violencias de los arrianos. Estas son tales, dice San Hilario, que si la historia refiriese otros semejantes en los tiempos pasados no podríamos creerlos. Pinta á la vez las maquinaciones de los arrianos para seducir á los fieles.
3. *Tratado de los sínodos ó de la fe de los orientales*, para esclarecer las sospechas que los Obispos de la Galia y los de Oriente alimentaban entre sí, y preparar á los Obispos á quienes se dirigia para los Concilios futuros.
4. Al fin del libro se halla una pequeña apologia de este escrito, ó más bien notas marginales añadidas á los pasajes que algunas personas habían criticado. Han sido publicadas por Constant, último editor de San Hilario.
5. Una carta escrita desde su destierro á su hija Abra, para inclinarla á no tomar otro esposo que Jesucristo.

6. En esta carta se incluyen dos himnos para servir como oraciones de mañana y tarde.

7. La principal obra de San Hilario son sus *Doce libros sobre la Trinidad*, contra los arrianos. Señala allí los principios que deben servir para combatir á las demás herejías. El más importante de estos libros, según lo nota el autor mismo, es el séptimo, donde descubre los artificios de la nueva herejía. Muestra que los errores de los arrianos se destruyen unos á otros por sus contradicciones y ceden en ventaja de la Iglesia. « Tal es la fuerza de la verdad, dice, que si bien puede ser conocida por sí misma, nunca es más brillante que cuando se opone resistencia á ella. Inmóvil por su naturaleza, adquiere cada día nueva solidez por los ataques que se la dirigen. Es propio de la Iglesia vencer cuando se la hierde, darse á conocer cuando se la insulta, permanecer victoriosa cuando se la abandona. »

El octavo descubre las sutilezas de que usaban los arrianos para establecer entre el Padre y el Hijo una mera union de voluntad y sentimiento. El autor expone también en este libro las cualidades del verdadero Pastor, que son la santidad y la ciencia; si tiene piedad pero no ciencia, sólo será útil á sí mismo; si tiene ciencia pero no piedad, su doctrina carecerá de peso y por consiguiente de fruto. Es preciso, pues, *ut et vita ejus ornatur docendo et doctrina vivendo.*

En el noveno libro San Hilario refuta las objeciones de los herejes, sacadas de cinco pasajes de la Escritura, y formula dos principios: 1.º Para hallar el sentido natural de la Escritura se ha de procurar no explicar los textos, separándolos de lo que sigue, sino uniéndolos á esto. 2.º No han de confundirse las dos naturalezas reunidas en Jesucristo, una, según la cual es Hijo de Dios, otra, según la cual es Hijo del hombre.

En el libro diez refuta las objeciones sacadas de los pasajes de la Escritura donde se dice que Jesucristo estuvo sujeto al hambre, á la sed, á la tristeza, etc.: *Habes in conquente ad mortem relicum se esse, quia homo est; habes eum qui mortitur profectum se in paradiso regnare, quia Deus est.*

En el libro once observa desde luégo que no hay más que una fe, así como no hay más que un Dios y un bautismo. Los arrianos no admiten esta unidad, pues se sirven de la Encarnación para disputar al Hijo de Dios su divinidad y para afirmar, junto con el misterio que ha obrado la salud del mundo, una impiedad monstruosa.

En el libro doce defiende la generación eterna del Hijo de Dios contra estas proposiciones de los arrianos: « El Hijo de Dios no era antes de nacer; ha sido sacado de las cosas que no tenían sér. » Termina pidiendo á Dios que le conserve hasta su muerte en la fe que acaba de profesar, « á fin, dico, de que yo os adore á Vos, que sois nuestro Padre, y á nuestro Hijo con Vos, y merezca recibir al Espíritu Santo, que procede de Vos por nuestro Hijo único. »

Las otras obras de San Hilario son: una segunda Reclamación al emperador Constancio; la invectiva contra este Emperador, donde ataca su conducta con mucho calor y vehemencia; *Fragmentos* que hacían parte de alguna obra voluminosa; un escrito contra Angencio, obispo arriano; un comentario sobre los Salmos, que los Padres latinos tenían en gran estimación. San Agustín utiliza muchos pasajes, y San Jerónimo habla de ellos con elogio.

OBRA DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 62.

Los arrianos decían (Athán., Hist. Ar., cap. xxxv): *εὶ τὸ Ἀέτιον πιστεύειν, κατὰ τὸν ἀρχιεπίσκοπον* (ibid., cap. xxxv-xli). Sobre la serie de estos sucesos, Am. Marcellin., lib. XV, cap. vii: « Liberius, christianae legis antistites, a Constantio ad comitatum mitti praecipit est, tanquam imperatoris jussis et plurimorum sui consortium decretis obstitens... Hunc (Athán. per subscriptionem abjice sede sacerdotali... Liberius monitus perseveranter reitebatur, nec visum hominem nec auditum dampnare nefas ultimum saepe exclamans, a parte s. recalcitrans imperatoris arbitrio. Id enim ille, Athanasio semper infestus, licet sciret impletum, tamen auctoritate quoque, qua potiores aeternae urbis episcopis, firmari desiderio nitebatur ardentem: quo non impetrato Liberius aegre populi metu, qui ejus amore flagrabat, eum magna difficultate noctis medio potuit asportari. »

Sobre Oslo y Atanasio, Athán., Hist. Ar., cap. xlii, xlv, lxxii y sig., lxxx y sig.; De fuga, cap. xxiv; Apol. ad Const., cap. xxvi. — Referencias sobre las cartas festivas, en Larsow, p. 35, n. xxvii; Soz., IV, 10; Hefelé, I, p. 642.

Los partidos arrianos. — Aecio y Ennomo. — Segunda fórmula de Sirmio. — Concilios de Antioquia y de Anicura. — Tercera fórmula de Sirmio.

63. El despotismo de los arrianos había llegado á su apogeo: parecía que la fe católica iba á ser aniquilada y que el Antecristo, ó por lo ménos su precursor, había aparecido ya en la persona de Constancio. Pero mientras triunfaba exteriormente la herejía, caminaba más y más á su disolución. Hasta entónces todos los que por cualquier pretexto habían resistido á la definición de Nicea y combatido á San Atanasio, habían formado una secta unida y compacta. Pronto se vió estallar la división que existía desde hacia tiempo entre los arrianos rígidos y los semiarrianos; los primeros negaban la consustancialidad del Hijo con el Padre y sostenían que había sido sacado de la nada (de aquí su nombre de anomeenos y exucontienos); es verdad que los segundos rechazaban la consustancialidad del Hijo con el Padre, pero admitían una semejanza de esencia (*omoiosia*), y eran adictos á diferentes fórmulas que, con frecuencia, sólo diferían de las de los católicos en malas interpretaciones. Los arrianos rígidos, que ántes de su triunfo habían procedido con gran reserva, se mostraron desde entónces á cara descubierta y sin disimular su doctrina.

A su cabeza estaban Aecio, diácono y profesor en Antioquia desde 350, y después su discípulo Eunomo de Capadocia, ambos escritores dialécticos, enemigos del ascetismo, más consecuentes que los otros, y sofistas ejercitados. Según ellos, la esencia del Cristianismo consistía íntegramente en la cultura del espíritu, en el conocimiento teórico de

las cosas divinas, siendo plenamente accesible al hombre la naturaleza de Dios. Concebían la cualidad del Padre de no ser engendrado como la simplicidad absoluta, como la esencia de la divinidad; rehusaban la divinidad al Hijo porque era engendrado; la generacion eterna les parecia un contrasentido, y toda la diferencia que ponían entre el Hijo y las criaturas era que el Padre habia engendrado al Hijo inmediatamente, y mediatamente a las criaturas.

Eunomo, confundiendo los caracteres distintivos de las dos personas divinas con su naturaleza, concluía de la distincion de personas su desigualdad de esencia y su desemejanza, y rechazaba á la vez lo mismo el *omoiosios* que el *omoiosios*. Según él, sin embargo, el Hijo no progresaba en la vida moral porque la voluntad original del Padre lo habia llevado á la dignidad divina y hecho partícipe del perfecto conocimiento del Padre, cuya naturaleza estaban destinados á conocer todos los hombres.

Mucho más numerosos eran los semiarrianos; unos por el término que admitían de semejanza de naturaleza (*omoiosios*), se acercaban en cuanto era posible al concilio de Nicea y evitaban el sabelianismo. Otros querían sostener el subordinacionismo arriano. Los semiarrianos tenían por jefes á los obispos Basilio de Ancira, Jorge de Laodicea, Teodoro de Heraclea, Augencio de Milán, etc. Preciso fué que los anomeenos emplearan tan atrevidos y temerarios procedimientos para decidirlos á protestar vivamente en sus escritos.

El segundo concilio de Sirmio, en 357, en que Valente y Ursacio, Potamio de Lisboa y Germinio de Sirmio ejercieron la mayor influencia, prohibió en favor de los anomeenos las expresiones que no estaban contenidas en la Escritura, sobre todo las de *omousion* y *omoiosion*; sostuvo que el Hijo era ménos que el Padre y estaba subordinado á él<sup>1</sup>, so pretexto de que no podía admitirse la existencia de dos dioses, y preparó de este modo los caminos á la dominación del arrianismo.

Lo mismo hicieron en este mismo año Acacio de Cesarea y Uranio de Tiro en un concilio de Antioquia, celebrado bajo la presidencia de Eudoxio, Obispo de esta ciudad. A su vez, los Obispos semiarrianos se reunieron en Ancira en el mes de Octubre, y anatematizaron las doctrinas rigoristas de los anomeenos, especialmente la de que el Hijo es pura criatura y no tiene la misma esencia que el Padre. Apoyábanse para esto en las antiguas fórmulas de Antioquia, de Filipópolis y de Sirmio (contra Fotino). Los delegados de este Concilio, Basilio de Ancira, Eus-

1 Interpretando así Joan, XIV, 28.

tato de Sebaste, Eleusio de Cízica y Leoncio, sacerdote de la Corte, se presentaron á Constancio con un escrito sinodal. Constancio se dejó persuadir, retractó las cartas que habia ya enviado, se declaró por la semejanza de naturaleza entre el Padre y el Hijo, é hizo celebrar á fines de 358 en Sirmio un tercer Concilio, que se adhirió plenamente á la doctrina de los semiarrianos y condenó el anomeismo. Reconoció que el Hijo era, segun la Escritura, semejante al Padre en todas las cosas; pero rechazó la expresion de esencia (*ousia*), que no estaba en la Biblia, ni comprendía el pueblo. Se decidió el destruir las copias de la segunda fórmula de Sirmio, y los Obispos fueron invitados á reunirse bajo las bases de la doctrina semiarriana.

#### OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 63.

Constancio, antechrist., Atan., Hist. Ar., cap. xxx, lxvii y sig., lxxxiv; Lucifer Cal. (Bibl. Patr., Lugd., IV, 247); Hilar., Lib. ad Const. et c. Constant. — Sobre los arrianos, Sulp. Sev., II, lx, p. 93: « Interea ariani non occulte, ut antea, sed palam ac publice haeresis piaculapraedicabant; quin etiam synodum niceanam pro se interpretantes, quam unius litterae adjectione corruperant, caliginem quandam iniecerant veritati. Nam ubi *omoiosios* erat scriptum, quod est *unius substantiae*, illi *omoiosios*, quod est *similis* substantiae, scriptum esse dicebant, concedentes similitudinem, dum adimerent unitatem (sc. los ἑμφάνη, Ὀμοιομοσίαι, cf. Epiph., Haer. lxxxiii). Sed quidam ex his ultra processerant, arguendo, id est *dissimilem* substantiam confirmandam (á saber: los Ἀνόμοιοι, Ἐσθητοί, Ἐκτροστασι. Cf. Ep., Haer. lxxvi). Acacio, llamado tambien *ὁ ἕτερος*, natural de Cesarea, aristotélico, (Soer., II, 35, IV, 7; Theod., II, 19 et 24; Philostorg., III, 16, 27; Soz., III, 15; IV, 12; VI, 26; Tillemont, t. VI, art. 64 y sig.), escribió un *τοιναριότιον* (Epiph., Haer. lxxvi, 10; Mai, Nov. coll., VII, 1, 71 y sig., 202) y muchas cartas á Constancio. San Basilio y Gregorio de Niza compusieron obras contra Eunomo (muerto en 355 y que ha dado su nombre á los eunomianos (Philost., VIII, 12, 18; Theod., loc. cit.; Haer. fab., IV, 3; Soer., Soz., loc. cit., VI, 26; Tillemont, loc. cit., art. 96 y sig.). Eunomo escribió una *ἐπίστασις τῆς πίστειος* y una apologética (H. Vales., Not. in Soer., V, 10; Fabric., Bibl. gr., VIII, 262; Canis, Lec. ant., ed. Basnage, t. I, p. 72 y sig.; Garnier, Op. S. Basil., I, 618 y sig.); *Ἄλογα περὶ τοῦ νόου* (Fragm. ex lib. III, Mai, loc. cit., VII, 1, p. 252). Véase Klose, Gesch. und Lehre des Eunom., Kiel., 1833; Héfalé, Conc., I, p. 644 y sig., y los autores citados página 647, n. 1, 3. Concilios de Sirmio, Athan., De syn., cap. xxviii; Soer., II, 30; Hilar., De syn., cap. xi; Héfalé, I, p. 652, 654 y sig.

#### Vuelta de Liberio á Roma.

64. Propalaron por entonces los sectarios del arrianismo que el papa Liberio, cansado de los sufrimientos del destierro, y cediendo á las reiteradas instancias de sus partidarios, concluyó por suscribir la tercera fórmula de Sirmio, obteniendo de este modo licencia para volver á Ro-

ma. Los católicos contemporáneos creyeron esta afirmación, y muchos la han admitido después sin vacilación. Si esto hubiera sido así, Liberio habría cedido á la fuerza del temor. Por lo demás, no pronunció decisión alguna dogmática ni impuso herejía alguna á la Iglesia. Cediendo, habría sólo cometido una falta personal. Añádase que esta narración no se halla en manera alguna demostrada, y se funda en documentos apócrifos; está combatida por razones intrínsecas y extrínsecas, y la vuelta de Liberio á Roma puede explicarse por otros motivos. Durante la permanencia de Constancio en Roma, donde el partido arriano había instituido por Obispo al diácono Félix, la mayor parte de las damas romanas gestionaron cerca de él para obtener la vuelta del papa Liberio, porque los católicos rehusaban reconocer á Félix, el cual, sinceramente adicto al símbolo de Nicea, comunicaba, sin embargo, con los arrianos.

El Emperador, cediendo á sus ruegos, permitió que Liberio y Félix gobernasen en común la Iglesia de Roma. Cuando el pueblo, que estaba reunido en el Circo, supo esta noticia, gritó lleno de cólera: «Un solo Dios, un solo Cristo, un solo Obispo.» Como la fermentación aumentaba cada vez más en Roma y se temía un tumulto, Constancio volvió á llamar á Liberio, y Félix fué expulsado de la ciudad. Los romanos estaban de tal manera unidos á la fe católica que evitaban todo contacto hasta con aquellos que, aun enseñando la doctrina de Nicea, no evitaban la comunión de Félix, siempre afecto á los arrianos.

Liberio fué recibido con trasportes de alegría y como un triunfador, lo cual no hubiera tenido lugar sin duda alguna si hubiese obtenido su regreso mediante alguna concesión en detrimento de la fe católica. Vuelto á Roma, encontramos á Liberio inquebrantable en la fe y celebrado en la Iglesia como santo. Le vemos más tarde someter á penitencia á los Obispos prevaricadores y hablar, sin embargo, de la moderación empleada por él, lo que ciertamente no se hubiera atrevido á hacer si él mismo hubiese dado ejemplo de aquella flaqueza. Sabemos también que Eudoxio y los aecianos esparcieron el rumor de que Liberio había suscrito la condenación de la palabra «consustancial»; pero se decía lo mismo con igual injusticia de Osio; nada tiene, pues, de extraño que otros hayan sido también inducidos á error. No es inverosímil que Liberio pudiese volver á Roma sin condiciones; la misma licencia fué concedida un año más tarde á San Hilario de Poitiers, únicamente porque los arrianos temían su presencia en Oriente y el vigor de su dialéctica. Constancio se engañaba creyendo era tan fácil destruir la verdad como el mudar la voluntad de los hombres. Los Obispos católicos predicaban en su destierro y escribían sábias obras, y se adquirían el afecto y estimación de todos.

## ADICIÓN 1.

Después de la muerte de Liberio en 306, la antigua disputa que había producido la intrusión de Félix se trastornó en nuevo y sangriento combate. Un numeroso partido popular dirigido por algunos clérigos trató de impedir que fuese admitido al Episcopado ninguno de los que en los diez años anteriores hubieron violado su juramento adhiriéndose á Félix. Opúsose, pues, á Orseino en frente de Dámaso, escogido por la mayoría del clero, y á este acontecimiento siguió una verdadera guerra civil. El prefecto Juvenco adoptó las medidas más severas. Sin embargo, los orseinianos continuaron en su separación y reuniéndose en los cementerios de los mártires; de aquí nuevas persecuciones y destierros, impuestos á eclesiásticos de esta facción. Así pasaron algunos años todavía en agitación incesante, y el despotismo de Constancio produjo por largo tiempo los amargos frutos de una división religiosa que no había desaparecido completamente sino con el advenimiento de una nueva generación. Ahora bien; lo que hay de notable en este punto es que la torpeza ó la mala fe utilizaran desde el siglo vi ó vii esta historia en perjuicio de Liberio y á favor de Félix, á quien se ensalzaba como héroe y mártir. Se llegó hasta el extremo de honrar como santo é inscribir en el catálogo de los Papas con el nombre de Félix II á un perjuro ordenado por arrianos fanáticos, á un antipapa impuesto á los romanos por el poder civil, mientras que en Roma el mismo Liberio era insultado como un tirano manchado de sangre, como hereje y perseguidor de los ortodoxos.

Es evidente que esta calumnia fué inventada con el fin de presentar bajo un aspecto favorable á la gran parte del clero romano que, despreciando su juramento, se había unido á Félix, y demostrarla como un partido legítimo que había sido perseguido por resistir á un Papa herético. Esta invención nació sin duda alguna más tarde, probablemente del sexto al séptimo siglo; en época en que sólo se conservaba ya un recuerdo confuso de lo que había ocurrido en el siglo cuarto, cuando la historia del bautismo de Constantino y los mitos que la acompañaban, habían desfigurado todas las nociones históricas de ese período, y sólo de una manera vaga se conocía la sucesión y encadenamiento de los hechos. Esta historia fabulosa fué inserta en tres documentos, y de ellos es de donde la han sacado todos los que posteriormente han escrito acerca de ella. El primero es la biografía de Liberio y Félix en el *Liber pontificalis*; el segundo son las actas de Félix, que Mombrio ha publicado por primera vez; la tercera las actas de San Eusebio<sup>2</sup>.

Es indudable que estas actas fueron forjadas principalmente con el fin de injuriar la memoria de Liberio, de escarnecerlo como apóstata, hereje, perseguidor de los católicos fieles y de hacer que los partidarios de Félix pasaran como víctimas oprimidas por causa de su ortodoxia. También el narrador hace condenar inmediatamente después al papa Liberio por el papa Dámaso en un Concilio de diez y ocho Obispos y veinticinco sacerdotes. Se aprovecha al mismo tiempo de la ocasión para afirmar de nuevo en contra de los testimonios de la antigüedad el hecho del bautismo de Constantino en Roma, tan favorable á los que imaginaron

1 Dollinger, *Die Papstfabrik*.

2 Se hallan en la colección de Balluzo-Mansi, tomo I, p. 33, y han sido ávidamente consultadas durante toda la Edad Media.

esta fábula. Véase por qué la biografía de Félix principia en la narracion siguiente, escrita á propósito con afectada concision: «Félix declaró heretico á Constancio, hijo de Constantino, que se hizo bautizar segunda vez por Eusebio, obispo de Nicomedia, en la quinta de Aquilon (Achyron) cerca de Nicomedia.» (*Ap. Vignoli*, t. I, 119).

De esta suerte, lo que se hizo por el padre se atribuye al hijo, y se entrevé claramente la intencion de sustituir Roma á Nicomedia y Silvestre á Eusebio.

La narracion siguiente en los dos documentos que preceden, y que son uniformes, ha sustituido, pues, á la historia verdadera: cuando Constancio desterró á Liberio por haber defendido la creencia católica, el clero romano, por consejo y consentimiento de Liberio, eligió Obispo y ordenó al sacerdote Félix<sup>1</sup>. Félix celebra entonces un Concilio de cuarenta y ocho Obispos; en él descubre que los dos sacerdotes Ursacio y Valente se han adherido á Constancio y los condena. Ambos sacerdotes, provistos de una autorizacion de Constancio, se presentan á Liberio y le proponen que vuelva á Roma con la condicion de que se restablecerá la comunión entre arrianos y católicos, y que no se obligará á estos últimos á rebautizarse<sup>2</sup>. Liberio acepta, vuelve á Roma y habita en el cementerio de Santa Inés, cerca de Constancia<sup>3</sup>, hermana del Emperador. Habiéndoselo rogado que gestionase con su hermano para obtener la permanencia de Liberio en Roma, Constancia, como buena católica, se niega á ello. Sin embargo, Constancio, por consejo de los arrianos, le llama á Roma y convoca un concilio de herejes en el cual Félix es depuesto de su cargo<sup>4</sup>. En el mismo dia estalla una sangrienta persecucion dirigida de comun acuerdo por Constancio y Liberio. El sacerdote Eusebio, que se ha distinguido por su valor y adhesión á la causa católica, que ha reunido al pueblo en su casa, representa al Emperador y á Liberio los crímenes con que se han manchado, declara al último que ha dejado de ser el legítimo sucesor de Julio porque ha desertado de la fe, y á ambos que, en su satánica ceguedad, han expulsado al católico é inocente obispo Félix. Constancio, aconsejado por Liberio, le hace encerrar en un profundo calabozo que sólo tiene cuatro pies de largo, en el cual se le encuentra muerto al cabo de siete meses. Habiéndole enterrado los sacerdotes Gregorio y Orosio, sus parientes, el Emperador ordena que Gregorio sea encerrado vivo en la cripta misma donde han depositado el cuerpo de Eusebio. Orosio le saca de ella por la noche medio muerto, pero muere entre sus brazos, y Orosio consignó por escrito toda esta historia. Félix es decapitado por haber cen-

1 Félix era solamente diácono. (Rufin., II, 2; Marcellin., *Lib. prae. praef.*) La eleccion de Félix no hubiera sido posible sino despues de abdicar Liberio, cosa que éste no hizo. Las leyes de la Iglesia, y especialmente los cánones de Nicea, prohibían á un Obispo tener otro establecido á su lado ó hacerse sustituir durante su ausencia. Habiendo procedido de esta manera Valerio, obispo de Hipona, San Agustin mismo, á quien aquél habia hecho ordenar con permiso del primado de Cartago, consideró esta conducta contraria á los usos de la Iglesia y decidió que en lo sucesivo se leyese los cánones en cada ordenacion, á fin de prevenir este abuso. (Possid., *Vita Aug.*, cap. VIII).

2 En esta época, y mucho tiempo despues todavía, no se disputaba sobre el segundo bautismo. Antes de Eusebio, los arrianos consideraban el bautismo católico como válido.

3 Se confunde aquí á Constancia con la hermana de Constantino el Grande.

4 En todo este tiempo, y mientras que Liberio continuó en su silla, Constancio no estuvo en Roma. La narracion supone, por el contrario, que ésta era su residencia habitual.

surado al Emperador su segundo bautismo. La persecucion dura en Roma hasta la muerte de Liberio. Constancio amenaza con la pena de muerte sin formacion de proceso á todo aquel que no permanezca unido á Liberio. Sacerdotes y seglares son asesinados en las iglesias y en las calles. En fin, Liberio muere y Dámaso condena su memoria en un Concilio.

En las actas de Eusebio la narracion tiene mucho más viveza que en el *Liber pontificalis*, donde los colores se hallan amortiguados, pero descubriéndose la intencion de rebajar á Liberio y de presentarlo como cómplice de Constancio. Ya Cavaleanti habia notado que las actas de Eusebio habian sido forjadas en favor del antipapa Félix. (*Vindic. Rom. Pont.*) Parece descubrir allí tambien la intencion de presentar de un modo favorable al clero de la época las sangrientas escenas que habian tenido lugar á consecuencia de la doble eleccion de Ursicino y Dámaso, y que, áun despues de siglos, habian dejado á Roma, tan horrible recuerdo, poniendo á aquéllas fecha anterior en algunos años y mostrándolas como persecuciones decretadas por el Emperador y el Papa contra los clérigos que habian permanecido católicos. Se ha llamado, por antipatía contra Liberio, hasta el caso de no citarlo en las noticias cronológicas sobre la basilica que lleva su nombre, y que él construyó, y de colocar solamente á Félix entre los papas Julio y Dámaso.

Y véase cómo Félix ha llegado insensiblemente á insinuarse á título de Papa legítimo y de mártir en el catálogo de los Papas en las Liturgias y Martirologios; pero esto ha sido más tarde, y en los martirologios no ha aparecido sino mucho tiempo despues. San Optato y San Agustin no habian insertado su nombre en el catálogo de los Papas. El dia dedicado á su memoria fué el 29 de Julio. Pero cuando se examina con cuidado los calendarios y martirologios y se los compara, resulta manifiesto el error; descúbrense que este Félix, cuya fiesta se celebra, no es el mismo que el de que aquí se trata, y que solamente en el octavo siglo, despues que se forjaron las falsas leyendas de Félix y Eusebio, fué cuando se pensó en confundirlo con el rival de Liberio. El más antiguo documento que se conoce hasta hoy es el *Calendario romano*, publicado por Martene en el quinto volumen de su *Thesaurus*. Ahora bien: Martene (*Thesaur.*, t. III, 158) cree que ese documento se remonta hasta los principios del v siglo y tiene razon, puesto que sólo contiene fiestas de mártires casi sin otra excepcion que la de San Silvestre; y como Silvestre es el más moderno de los tres Santos que en él figuran, no se halla ni áun á Dámaso, que, sin embargo, tuvo fiesta poco despues. En el 28 de Julio se ve, pues, la fiesta de Félix, de Simplicio, de Faustino y de Beatriz. En este calendario la palabra Papa se halla junto al nombre de todos los soberanos pontífices. Igual observacion se aplica á algunos martirologios que llevan el nombre de San Jerónimo, y que por lo ménos en su parte esencial proceden del quinto siglo del tiempo de Casiodoro. Lo mismo sucede en el martirologio de Beda, pero no se menciona á Roma; lo mismo en el *Martyrologium altobianum* en el siglo x y en el *Calendarium Laurensianense* de fines del xi. En d'Acheri, por el contrario, el martirologio de San Jerónimo separa á Félix de los otros tres, que son evidentemente romanos, y le trasporta á Africa (Spicil. t. II, 15). Lo mismo se ve tambien en el calendario del Vaticano, que data de principios del siglo xi. Lo que no dice el martirologio de Auxerre, que es probablemente del siglo ix, pues el Papa más moderno que allí se nombra es Zacarías, y se citan otros muchos) es como este Félix vino de Africa á Roma. Abunda en indicaciones sobre Roma, y las noticias locales se dan allí con tal cuidado que denota un origen evidente-





Félix obtuvo un lugar en el martirologio romano corregido, á título de mártir y Papa. Sin embargo, en las nuevas ediciones se tachó el pasaje del antiguo breviario romano, donde el martirio de Ensebio, atribuido únicamente á haber censurado el arrianismo de Liberio, es relatado en los propios términos de Adón; pero la oración y la palabra Papa, colocadas despues de Félix, han sido borradas 1.

Sin embargo, el mismo Bossuet se permitía tambien, bajo la fe de documentos evidentemente falsificados, llamar á Liberio obstinado hereje y cruel perseguidor de los católicos fieles. A pesar de esto combate la opinion de Baronio, el cual admite como un hecho real la grande persecucion é inmolacion del clero romano bajo Liberio.

En 1790, un clérigo de Roma, llamado Pablo Antonio Paoli, emprendió, en una extensa obra, establecer la legitimidad de Félix y la autenticidad de sus sufrimientos y de sus actos. Ha conseguido, dice, resolver un enigma que habia pasado hasta entónces por inexplicable: la perfecta inocencia de los dos competidores y su legitimidad como Papas. Todo descansa, segun él, en malas interpretaciones y falsas noticias. San Atanasio, San Hilario, San Jerónimo, todos los contemporáneos de Liberio y Félix, han caído, con respecto á éstos, en involuntario é inevitable error. En Roma debía creerse que la Santa Sede habia resultado vacante por la falta de Liberio, aunque ésta en realidad no habia tenido lugar, y por esta razon fué elegido Félix. Las actas de Ensebio son auténticas y contemporáneas; lo que hay en ellas difícil de conciliar se explica por una razon muy sencilla y que responde á todas las objeciones: procede de interpolaciones que se han hecho despues. Otro descubrimiento no ménos feliz del autor es que Félix, despues de su expulsion de Roma, vivió todavia treinta y cuatro años oculto en los alrededores de Roma, en contra de la relacion de los contemporáneos que designan como año de su muerte el 965, por más que, ocurrida la muerte de Constantino, ningún motivo tuviese para ocultarse.

Todo esto no es más que un cúmulo de hipótesis y groseras presunciones que se desvanecen ante las imparciales investigaciones de la historia. No, Félix no fué Papa legítimo, sino un instrumento del arrianismo y un intruso rechazado por el pueblo; ésta es la opinion de los mejores historiadores de la Iglesia: Panvino, Lupus, Hermant, Tillemont, Natal-Alejandro, Fleury, Baillet, Constant, Ceillier. En Roma mismo, el cardenal Orsi manifestó esta opinion, ya con un significativo silencio, ya con el término de *antipapa*, de que usa la única vez que habla de este hombre incidentalmente. Saccarelli prueba con toda claridad y grande sagacidad la necesidad histórica de borrarlo de la lista de los Papas. El contemporáneo de Saccarelli, el agustino Berti, ha citado en uno de sus tratados históricos las razones comunmente alegadas á favor y en contra de la admission de Félix en el catalogo de los Papas; y despues de notar la flaqueza de las primeras, añade de una manera burlesca que todavia no se atreve á decidir. Más tarde otros tres autores romanos, Novas, Sangallo y Palma, han suprimido el nombre de Félix los dos primeros en sus biografías de los Papas, y el último en sus *Leciones de historia eclesiástica*.

#### OBRA DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 64.

En cuanto á la supuesta caída de Liberio, se cita:

a. *Los Fragmenta Hilarii*, cuya autenticidad suscita bastantes dudas, segun lo observaban ya Baronio, Natal-Alejandro, Constant, Montfaucon, Du Pin

1 Véase Launoi, *Epist.* v, p. 41.

(Biblioth., II, p. 89, Paris, 1693; Duperron (Réplica á la respuesta del rey de la Gran Bretaña, Paris, 1698, p. 127); Stilling (Acta sanct., sept. VI, 514, 580). Algunos fragmentos son abandonados por todos los críticos. Reinkens (Hilar., 217-219) admite la autenticidad de los fragmentos IV-X, y rechaza la de los XII-XV, mientras que Hélelé (Tüb. Q.-Schr., 1853, p. 263 y sig.; Conc. I, p. 226; 2.<sup>a</sup> edicion, p. 663 y sig., 681 y sig.) considera como interpolados los fragmentos IV y VI, que son los únicos importantes aquí (Migne, Patr. lat., t. X, p. 678, 689, 693 y sig.) Presentan, en efecto, las mayores contradicciones.

El mismo Renouff (The condemnation of Pope Honorius, Lond., 1868, p. 41 y sig., not.) se vió obligado á suprimir al ménos una parte del fragmento VI. Hagemann, Bonner th. Lit.-Bl., 1869, p. 79 y sig.

Los errores cronológicos dan testimonio ya contra los fragmentos IV y VI, que Mochler juzgaba indignos de crédito.

b. El verdadero (Hilario, Cont. Const. imp., cap. xi) trae sencillamente: «O te miserum, qui nescio utrum majore impietate relegaveris (Liberium) quam remiseris.» Esto no dice en manera alguna que Liberio, con motivo de su regreso, cayera en alguna flaqueza, sino solamente que el Emperador manifestó de nuevo en esta ocasion su impiedad.

c. Es cierto que ambos pasajes (Athanas., Apol. cont. Arian., cap. LXXXIX, ó Hist. Arian., cap. xxi) no pertenecen al texto primitivo de estas obras, sino que han sido añadidos más tarde. Hélelé lo afirma así, I, 658 y sig.; pero cuando nota que el asunto de Liberio decidió á Atanasio á hacer adiciones, habria sido más exacto diciendo que «pudo» decidirlo á ello. Stilling y otros niegan que estas adiciones sean del santo mismo, y no se puede, en efecto, dar prueba alguna decisiva.

El primero de los dos pasajes trae solamente que Liberio no sufrió hasta el fin sus tribulaciones del destierro, lo cual es igual que decir que obtuvo su regreso por la mediacion de los romanos y de los delegados de los Obispos de Occidente. El segundo pasaje pudo ser producido por el rumor de la falsa noticia.

d. El arriano Filostorgio, IV, 3 (Migne, t. LXV, p. 518) está contradicho por otras autoridades, y no merece en esta ocasion crédito alguno.

e. El *Libellus precum* de Faustino y Marcelino (Bibl. Patr., Lugd., V, 652; véase más arriba § 75) ya procedido de un prefacio que nada tiene de comun con él (Tillemont, t. VII, adm. V in Lucif. Cal., p. 767), y que sólo menciona la caída de Liberio.

f. San Jerónimo (in Chron., an. 354 (Migne, Patrol. lat., t. XXVII, p. 502). De vir. ill., cap. xcvi (ibid., t. XXIII, p. 735), fué aquí, como en otras partes, por ejemplo sobre el asunto de San Crisóstomo, engañado por falsos rumores. Su antiguo amigo Rufino (Hist. eccl., X, 27) declara que no puede saber en verdad si Liberio habia obtenido el regreso por someterse á los deseos del Emperador. Es verdad que San Jerónimo trae (Chron.) este pasaje poco seguro: «Quasi victor intravit Romam.»

g. Teodoreto (Hist. eccl., II, 17), el investigador más atento, conocía probablemente las obras de San Atanasio; hizo el elogio de Liberio, no habla de su caída, sin duda porque estaba convencido de la falsedad de este rumor, del que segun Sozomeno, IV (15), era autor Eudoxio.

Sócrates (II, 37) atribuye igualmente la vuelta de Liberio á una sublevacion del pueblo de Roma. Sulpicio Severo (II, xxxix, p. 93) dice: «Liberius paulo post urbi redditus ob seditiones romanas.» Liberio es citado con elogio por San Basilio

lio, a. 377, ep. CCLXIII, al. LXXIV, cap. III (Migne, t. XXXII, p. 980); San Ambrosio, De virg., III, 1, ad Marcellin. sor., p. 173., ed. Par. 1690; el papa Siricio, Ep. t, ad Himer. (Mansi, II, 1018); Epiph., Haer. LXXV, n. 3; Casiodoro, etc. Cf. Bellarm., De rom. pont., IV, 9. Su carta á los orientales, Socr., IV, 12. Más tarde, cuando surgió la cuestión de Félix, Liberio tuvo que sufrir todavía amargas críticas. Auxil., De ordin. Form., I, 25: « Arianae haeresi subscripsit. » Ord. Vitalis, lib. II, p. 206: « Arianae consentiens. » Los Centuriadores de Magdeburgo y otros protestantes, después los galicanos (por ejemplo, Bossuet, Defens., part. III, libro IX, c. xxxiii, xxxiv, t. II, p. 168 y sig., ed. Mog., 1787) y los jansenistas, han insistido de tal modo sobre la caída de Liberio, que han dado lugar á los apologetas y polemistas á tratar esta cuestión en todos sus detalles.

Baronio (an. 357, n. 32 y sig.) afirmaba que Liberio, sin ser hereje, se había manchado suscribiendo la condenación de Atanasio y comunicando con los arrianos. Este Papa ha sido defendido por Grester, Coptrov. R. Bellarm. defens., t. II, p. 1044 y sig.; Sbaralea, Diss. subjecta disputationi de pravorum hom. ordinatibus; Mazochi, Kalend. Neapol.; Merenda, Op. S. Damas.; Stilling., Acta sanct., 23 sept., t. VI, p. 572 y sig., 598 y sig.; Palma, Praelect. Hist. eccl., I, II, p. 94 y sig., ed. 1833, etc. Segun Natal-Alejandro, saec. IV, diss. xxxii, prop. 1, t. VIII, p. 120 y sig., Liberio no firmó más que la primera fórmula de Sirmio contra Fotino; segun Héfelé, I, 657-673, firmó la tercera (semiariana); segun Döllinger, Papstfabeln, p. 107-109, la primera y la tercera. J.-D. Mansi, Not. ad Natal. Alex., loc. cit., p. 129 y sig., se limita á establecer que Liberio no enseñó *ex cathedra*. Pedro Ballerini demuestra (De vi ac ratione primatus, cap. xv, n. 30, p. 297, 299 y sig.) que: « Liberii lapsus non certus, nec sí certus, voluntarius, nec in definitione fidei. »

Los autores siguientes piensan que la caída de Liberio es pura invención de los arrianos. Corgne, Dissert. crítica é histórica sobre el papa Liberio, Paris, 1736; Card. Orsi, Storia eccl., lib. XIV, n. 72; Zaccaria, Dis. de commentio Liberii lapsu, Diss. ad Hist. eccl. pertin., Fulg., 1781, t. I; Diss. VII, cap. 1-III. Fr. Pösel, Ist Liberius in einae haeresis verfallen? Landsh., 1829, intenta probar que Liberio pudo por debilidad, y sin la libertad necesaria, firmar la primera fórmula de Sirmio, que puede explicarse por lo demás en sentido católico y que no se puede considerar como herética.

Contra Héfelé y Döllinger, véase Beimerding, Beitr. zur Honorius-n. Liberius-Prage, Munster, 1865; Katholik, 1868, t. XX, p. 513-529; Gams, Møhler, K.-G., I, p. 455, 460.

Habiéndose opuesto el pueblo á que la ceremonia tuviese lugar en las iglesias, Félix fué consagrado en el palacio imperial por Obispos arrianos (entre los cuales estaba Acacio de Cesárea), lo que hace decir á San Atanasio (Hist. ar., cap. LXXXV.—Migne, t. XXV, p. 784): *παρόσον καὶ ἀθέως ἐποιήσατο τῆς Ἀντιχριστοῦ κωνοσίας*.

El pueblo huía de las iglesias cuando Félix parecía en ellas; pero Constancio, que permaneció en Roma desde el 28 de Abril al 29 de Mayo de 375, le tomó bajo su protección. (Cf. Ann. Marcellin., lib. XVI, cap. x.) Habiendo vuelto Liberio, Félix fué arrojado por el pueblo; vivió aún hasta el 22 de Noviembre de 365 (Jaffé, Reg., p. 17). Optó de Milevo (lib. II Cont. Parmen.) y San Agustín (Ep. clix) no reconocían á Félix como jefe de la Iglesia, y la mayor parte de los sabios le borraron de la lista de los Papas. Cf. Natal. Alex., loc. cit.; Dissert. xxxiii, a. 3, p. 132-136.

Propagóse una leyenda, segun la cual Félix habría sido elegido legítimamente

por deseo de Liberio desterrado; que había defendido francamente la ortodoxia hasta contra el mismo Liberio cuando éste volvió del destierro y se unió á los herejes y persiguió á los ortodoxos. Esta leyenda corrió en el quinto y sexto siglo. (Lib. pontif. in Liber. et Fel. — Acta sancti Felicis, ed. Mombritii; Acta sancti Eusebii, ap. Baluze; Mansi, I, 33 y sig.) Más tarde fué inserta en los calendarios. En la Edad Media ha sido adornada de diversas maneras, especialmente por Ord. Vital., loc. cit., p. 267; Anselm. Havelberg, Dial. III, 21, Hugo Flavín, Beccard., Romuald. Salern., Ptolem., Luc., etc. Sin embargo, Goffrid. Viterb., Panth., p. xx (Migne, t. CXCVIII, p. 1036 y sig.) hacía esta observación: « Liberio autem ab exilio... reverso et in papatum restituito Felix, qui ei viventi fuerat subrogatus, aliae civitati praefatus est. Quare autem idem F. in catalogo catholicorum apostolorum scriptus sit, ego ignoro. Vos autem Romanos interrogate, si placet. » Otras veces Félix entra en la lista de los Papas, y muchos autores trataron de lavarle de la mancha de usurpador. Bellarm., loc. cit.; Schelstrate, Ant. Eccl. illustr., dissert. II, cap. ix, § II; Solerius, Acta sanct., 29 Julii (fiesta de Félix). Barong., Pag. an. 355, 367; Roncaglia, Animadv. in Natal. Alex., loc. cit., p. 136-140; P.-A. Paoli, Di S. Felice II papa e martire, Roma, 1790. El cuerpo hallado en Roma en 1582, bajo Gregorio XIII, con esta inscripción lapidaria: « Corpus S. Felicis papae et mart., qui condemnavit Constantium », la confusión del antipapa con un antiguo mártir de este nombre, cuya fiesta se celebraba el 23 ó 29 de Julio, y la influencia de una leyenda acreditada largo tiempo, concurren á mantener este error, admitido por Bossuet mismo (loc. cit., cap. xxxvii, p. 169), si bien fué reconocida en el siglo XVII por los críticos franceses y en el XVIII por los italianos. Obras de consulta en Döllinger, Papstfabeln, p. 112-123. Sulpicio Severo (II, xl, p. 69 y sig.) dice de Osio: « Osium quoque ab Hispania in eandem perfidiam concessisse opinio fuit, quod eo mirum atque incredibile videtur, quia omni fere actatis suae tempore constantissimus nostrarum partium et nicæna synodus auctore illo confecta habebatur, nisi fatiscere aevo (etenim maior centenario fuit) deliraverat. » Aug., Contra Parm., I, 4: « Si tamen Osius ab Hispanis damnatus a Gallis est absolutus; sic fieri potuisset *falsis criminatombus* Hispani circumventi et callida fraude insidiarum decepti contra *innocentem* ferrent sententiam, et postea pacifice in humilitate christiana cederent sententiae collegarum, quibus illius innocentia comprobata est. » Véas. Maceda, Hosius vere hosius, Bonon., 1790; Gams, K.-G. Span., II, p. 137-309. Se propagó y acreditó sobre Osio la misma mentira que sobre Liberio (Socr., II, 31; Sozom., II, 12). La mala fe sólo ha podido propagar el rumor de que era el autor de la segunda fórmula de Sirmio (Hilar., De syn., cap. xi; Héfelé, I, p. 653; Reinkens, p. 161). San Epifanio (Haer. LXXIII, n. 14) y Phœbade (Cont. arian., cap. xxxii; Migne, Patr. lat., t. XX, p. 30) suponen que Osio firmó la segunda fórmula de Sirmio. En los escritos de San Atanasio la condescendencia de Osio es mencionada más á menudo que la de Liberio (Apol. cont. arian., cap. LXXXIX). En el De fuga, cap. v, dice que Osio cedió por el momento, y en Hist. arian., ad mon., cap. xlv, que decidió comunicarse con Ursacio y Valente, pero no firmar contra Atanasio; que manifestó en su testamento la violencia que le había sido hecha, pero que condenó solemnemente el arrianismo.

En esta época el partido de la Corte podía contentarse con algunas relaciones pasajeras, aunque fuesen forzadas, entre Ursacio y Valente, á fin de hacer pasar al que las sostenía como uno de sus adeptos. Sobre la vuelta de Hilario, véase Sulpicio Severo, II, xlv, p. 98; Reinkens, Hilar., p. 208.

Cuarta fórmula de Sirmio. — Concilio de Rimini. — Formulario de Niqué.

65. Con el fin de consolidar la paz y la concordia entre las facciones que desgarraban a Oriente y a Occidente, Constancio resolvió reunir un nuevo Concilio ecuménico en Nicea, cuando, á instancias de Basilio de Ancira, se decidió por Nicomedia; pero fué preciso renunciar á ello porque esta ciudad fué destruida el 24 de Agosto por un terremoto y por el fuego. Despues de nuevas deliberaciones, como los anomeenos temian la reunion de los semiarrianos orientales, no poco numerosos con los católicos de Occidente, se resolvió celebrar dos asambleas separadas: una para los orientales en Seleucia de Isauria, y otra para los occidentales en Rimini, ciudad de Italia. Valente y Ursacio, los dos principales fautores de este designio, obtuvieron tambien que se presentase á estos dos Concilios una fórmula que pudiese ser aceptada por los semiarrianos sin perjudicar á la causa de los anomeenos.

Despues de largas deliberaciones, los Obispos de ambos partidos, reunidos el 22 de Mayo de 359, adoptaron la cuarta fórmula de Sirmio, redactada por Márcos de Aretusa y análoga á la tercera. Reconocia que el Hijo es « igual » al Padre en todas las cosas, y eliminaba la palabra esencial (*ousia*). Esta obra, diversamente interpretada por ambos partidos (Basilio de Ancira decia que la semejanza del Hijo con el Padre se referia, no solamente á la voluntad, sino tambien al sér), fué generalmente mirada con desconfianza por los semiarrianos. Producto de la politica de la Corte, forjada á presencia del Emperador, en el mismo estilo que los documentos civiles, la fórmula estaba de tal modo henchida de adulaciones que fué fácil á San Atanasio probar que los teólogos cortesesan concedían al Emperador prerrogativas que rehusaban á Jesucristo.

Más de cuatrocientos Obispos acudieron á Rimini, entre ellos Restituto de Cartago, Febado de Agen, Servasio de Tongres. Cerca de ochenta eran arrianos, y tenían por jefes á Ursacio, Valente, Germinio y Augencio. Estaban apoyados por el prefecto Tauro, al cual se habia prometido el consulado si se cumplían los deseos del Emperador. Valente y sus adeptos recomendaron calurosamente la adopcion de la fórmula de Sirmio, que ellos habian presentado. Por su parte los Obispos católicos pidieron la condenacion de la herejía de Arrio, y habiéndolo rehusado sus adversarios, confirmaron los decretos de Nicea, aprobaron el uso de la palabra *ousia* y pronunciaron la deposicion de los jefes de la herejía.

Ambos partidos celebraron desde entónces sus asambleas separada-

mente y enviaron delegados al Emperador. Ursacio y Valente se anticiparon á los delegados católicos, y obtuvieron que no fuesen éstos recibidos. El Emperador les ordenó esperar en Andrinópolis hasta que tuviese tiempo de recibirlos. Empleáronse todos los medios para reducirlos, y se llegó hasta el caso de hacerles entrar en comunión con los arrianos. En Niqué, ciudad de la Tracia ( Octubre de 359 ), suscribieron entónces un formulario enteramente semejante al último de Sirmio; prohibia decidir nada sobre la palabra *ousia*, y declaraba que, conforme á la Escritura, el Hijo era semejante al Padre (omitía las palabras: *en todo*, á las que se oponian los anomeenos).

Este formulario de Niqué podia pasar, entre gentes inexpertas, por la confesion de Nicea, y ser adoptado tambien por los Obispos retenidos en Rimini. Estos, indignados con la conducta de sus delegados, les rehusaron la comunión y rechazaron toda proposicion de acomodamiento. Sin embargo, su resistencia se debilitó insensiblemente. Tauro estaba resuelto á apelar á las mayores violencias. La larga permanencia en Rimini, los recuerdos de la patria ausente, las amenazas y promesas quebrantaron la firmeza de muchos Obispos. Los arrianos no cesaban de representarles que se contraeria una grande responsabilidad haciendo imposible la paz entre Oriente y Occidente por una sola palabra, por una palabra contraria á la Biblia y que repugnaba á tantas personas, porque los orientales jamás aceptarían el « consustancial »; que esta obstinacion era la causa única de los disturbios y divisiones que desolaban á la Iglesia, y en fin, que la palabra « consustancial » no debia ser para ellos más sagrada que Cristo.

Muchos creyeron tranquilizar sus conciencias persuadiéndose de que la fórmula podia entenderse en sentido católico. El número de los Obispos opuestos á ella se redujo á veinte, y todavía los arrianos consiguieron engañarlos. Mientras que pronunciaban, con consentimiento de sus adversarios, anatemas contra los más groseros errores de Arrio, Valente deslizó allí esta capciosa frase: « El Hijo de Dios no es una criatura como las demás. » Ambos partidos se creyeron victoriosos y enviaron cada uno de ellos delegados al Emperador.

El papa Liberio no habia tenido participacion en este Concilio, y lo rechazó enérgicamente. Muchos Obispos afirmaron más tarde que se les habia engañado en Rimini. Esta asamblea carece de fuerza, escribia el papa Dámaso á los Obispos de Iliria, porque no ha obtenido el asentimiento del Obispo de Roma, cuya aprobacion debió solicitarse, ni el de Vicente de Capua y otros Obispos. Todo se ha hecho por la astucia y la violencia, con desprecio de las leyes eclesiásticas.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 65.

Athan., De syn., cap. VIII, 30; Ep. ad Afros., cap. III; Ep. de Syn. Arim. et Seleuc., Op., I, 572 y sig.; Soc., II, 37; Theod., II, 21 y sig.; Epiph., Haeres. LXXIII, 12-22; Sulp. Sev., II, xli y sig., 94 y sig.; Mansi, Conc., III, 203-206; Mochler, Athan., II, p. 210 y sig.; Héféle, I, p. 674-688.

## Concilios de Seleucia y de Constantinopla.

66. Más grande fué todavía la confusion que dominó en la Asamblea celebrada por los orientales en Seleucia. De los ciento sesenta Obispos, ciento cinco eran semiarrianos, tales como Jorge de Laodicea, Silvano de Tarso, Eleucio de Cizico; cerca de cuarenta eran anomeenos, y tenían por jefe á Acacio de Cesárea en Palestina, Eudoxio de Antioquia, Jorge de Alejandria, Urania de Tiro; los otros, los egipcios, eran completamente católicos. San Hilario de Poitiers, desterrado en Frigia, fué también enviado allí y recibido con veneracion. La primera sesion se celebró el 27 de Setiembre de 359, bajo la presidencia del comisario imperial Leonas, asistido de notarios que trascruberion los discursos. Algunos Obispos querian que se comenzase por investigar las costumbres de muchos acusados; pero se cedió á la voluntad de Leonas, y se discutió desde el principio lo que miraba á la fe.

Los partidarios del arrianismo puro, llamados acacianos de su jefe Acacio, pidieron abiertamente que se rechazara el concilio de Nicea y se adoptase la cuarta fórmula de Sirmio, lo cual indignó á muchos Obispos. La proposicion presentada por Silvano de Tarso, de que se aceptase una de las fórmulas del Concilio celebrado en Antioquia en 341, fué aprobada por gran número. Siguióse á esto una ruptura, y los acacianos abandonaron la Asamblea. Á la mañana siguiente los semiarrianos suscribieron, á puerta cerrada, su símbolo de Antioquia. Acacio intentó hacer que los suyos admitiesen otra fórmula escrita por él, de la que se dió lectura en la tercera sesion (29 Setiembre). Rechazóse en ella, como extraños á la Escritura, los términos de «esencia igual y semejante», y se anatematizó la palabra «desemejante», diciendo simplemente que el Hijo era semejante al Padre. Acacio creía así mantenerse en el medio entre los anomeenos y semiarrianos (omoiianos, acacianos). En la sesion siguiente se discutió el sentido de la fórmula; los semiarrianos querian que el Hijo fuese semejante al Padre en cuanto á la esencia, y los acacianos en cuanto á la voluntad. Nunca se llegó á un acuerdo. Leonas declaró disuelto el Concilio y manifestó que no asistiría á nuevas sesiones. Sin embargo, la mayoría se reunió aún para

informar sobre acusaciones personales; invitó á Acacio, Jorge, Eudoxio y otros Obispos á comparecer, y habiendo rehusado ellos, les depuso, así como á algunos otros. Hubo también algunos que fueron excomulgados.

El sacerdote Aniano reemplazó á Eudoxio en la silla de Antioquia, donde la fe católica casi no estaba sostenida más que por los ascetas Flaviano y Diodoro, y fué consagrado en Seleucia. Leonas le hizo prender, y le desterró. En esta situacion critica los Obispos reunidos se dispersaron despues de haber enviado á diez de ellos á la Corte imperial. Pero esta vez también se les adelantaron sus adversarios; Acacio y Eudoxio se presentaron ante el Emperador para justificarse, y maniobraron tan bien de concierto con Valente y Ursacio, que los delegados de Seleucia fueron obligados á suscribir la misma fórmula impuesta á los Padres de Rimini.

Despues de esta victoria, los acacianos celebraron en Constantinopla, en 360, una Asamblea que confirmó la fórmula de Niqué, depuso á Acacio, órgano del anomeismo, así como á muchos Obispos semiarrianos, no por causa de sus creencias, sino por otros motivos. Entre los Obispos destituidos estaban Macedonio de Constantinopla, Basilio de Ancyra, Eudocio de Cizico, Cirilo de Jerusalem, Eustato de Sebaste. La silla oriental de Constantinopla fué ocupada por el ambicioso Eudoxio (era su tercer obispado, pues habia sido obispo de Germanicia y de Antioquia). Este hipócrita refinado obtuvo, á pesar de la deposicion de Acacio, que jamás habia tomado él formalmente, que se diese el obispado de Cizico á su discípulo Eunomio. En cuanto á la fórmula de Niqué, todos los Obispos del Imperio fueron obligados á suscribirla so pena de destierro. Véanse aquí los fundamentos sobre los cuales creía el Emperador haber asentado la paz religiosa.

## OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 66.

Athan., De syn., cap. XII; Naz., Or., XXI, n. 22, p. 309; Sócr., II, 39 y sig.; Soz., IV, 22; Theod., II, 27; Sulp. Sev., II, 42, 45; Reinkens, Hil., p. 185-198; Héféle, I, p. 688-702.

## Estado deplorable de la Iglesia.

67. En realidad habia arrojado en el seno de la Iglesia la más honda perturbacion. Habianse forjado numerosas fórmulas (cinco en Antioquia, cuatro en Sirmio, una en Niqué, otra presentada por Acacio y otra escrita en Constantinopla), pero ninguna de suficiente autoridad;